

ct

Cuando el viento es púrpura

de
Silvia Peláez

(fragmento)

Baño de un centro comercial en la ciudad de San Diego, California, o alguna otra ciudad fronteriza. Luz cremosa, traslúcida. EULALIA se maquilla frente al espejo. Es joven pero el excesivo maquillaje le agrega años. Viste exagerada. Y a un lado tiene una mochila. Entra Socorro. Eulalia no la mira y sigue concentrada en maquillar cejas, ojos, rostro; en peinar su cabello negro y largo. Socorro en uniforme de conserje y con utensilios de limpieza.

SOCORRO

Todos limpios. Eso dice el jefe, el boss. ¿Y para qué si luego se ensucian de vuelta?

Se pone los guantes, y se mete a lavar el primer baño.

¡Mire nomás! Dejaron aquí esta bolsa.

Se asoma hacia afuera. Ahí sigue Eulalia, arreglándose.

Luego a entregarla a Objetos extraviados. Y esperar a que venga el dueño, y todo eso.

Deja la bolsa sobre los lavabos. Con un trapo pule los grifos y seca el mueble.

Oiga, perdone la pregunta, es que... No, no, mejor no. No vaya usted a molestarse.

Saca una gran bolsa de basura, y vacía los botes de papeles.

Todos limpios. Y para qué. Para qué lleguen y vuelvan a ensuciarlos. Cuento de nunca acabar. Mire nomás todos estos papeles. Sucios. Quesque muy desarrollado este país, y mire nomás. Aquí sí nos parecemos todos.

Eulalia la mira por el espejo, se encoje de hombros y sigue con su maquillaje.

¿Usted es de aquí? Parece que no, a saber. Porque como hemos estado pasando desde hace tanto tiempo, que puede ser de aquí, pero parecer de allá. No me mire así, güera. Pero no, no somos tan iguales. Para mí huele peor la de hamburguesas que la de tacos. Aunque acá hay tacos también, ¿eh? ¿Le gustan los tacos? Porque si le gustan ya me va dando una pista. Y ya puedo saber si es de aquí, pero con sangre de allá, o es de allá y se vino pa' cá o, todo lo contrario. ¿Acaba de llegar? Lo digo por la mochila. Acá todos traen su *backpack* esa. Bueno, allá también. Todos ahora parecen tortugas Ninja, ¿no? (*con orgullo*) Mire, todo limpio, reluciente, y apenas son las (*saca su celular*) siete. Me rindió esta mañana, y mucho.

Mira con curiosidad a Eulalia que se pone pestañas postizas.

Ay, qué guapa está quedando. No sé si me entiende, pero ya le digo, se ve muy sexy.

Se le acerca por detrás y la mira en el espejo. Eulalia se aleja de ella.

¿Sabe, me recuerda algo de alguien?

Ya sabe cómo es esto de los parecidos. Pero cada vez que la veo, más se le parece. No sé, algo en la mirada, en la forma de la nariz. Pero no, no se distraía. No vaya a salirle chueca la raya.

Pausa.

Oiga, si no entra al baño, mejor. Es que me quedaron muy limpios, y siento no sé qué cuando se ensucian pronto.

¿Sabe? También puede ir a los baños que están del otro lado, en el *fas fud*. No se enoje. Es una sugerencia.

Socorro se recarga en el mueble de lavabos y sigue atenta los pasos de Eulalia para arreglarse.

¿A dónde irá tan guapa? Aunque es temprano para esos brillos, ¿no cree? Qué sé yo de moda. Míreme a mí. Uniforme de conserje. ¿Y abajo qué? Ropa cualquiera, de esa que venden en las tiendas de descuentos. Cada una de estas piezas, un dólar me costó. ¿Lo puede creer? Tuve que regalar toda mi ropa, la que traje cuando llegué, porque acá me aumentó el cuerpo. Poco a poco y para todas partes. No he crecido a lo alto, pero sí a lo ancho. No sé qué le echan a la comida porque mire nomás qué trasero me cargo. En cambio, usted... No, no se moleste. Se ve muy guapa.

Ay, cómo se me figura alguien. Pero no me acuerdo bien.

¿Sabe? Cuando uno logra venirse pa' cá, bueno no venir sino entrar, entrar y quedarse. Cuando lo logra, como que hay partes de la memoria que se quedan allá. No abra así los ojos, niña. No. Es cierto. Pienso ahora que eres de aquí porque no te dice nada esto: venir, entrar, quedarse. Allá. Para mí allá es cualquier lugar, lo mismo que antes, que es cualquier tiempo. Antes de venir acá. ¿Cómo te llamas?

Eulalia cepilla su cabello.

Ya sé, no me vas a decir. Aquí todos se cambian el nombre y en el nombre está uno, y su vida y su memoria. Yo pensé en cambiar el mío. De seguro usted también. Uno que suene nais. Bonito. Gringo. Y que ese nombre te haga ser una nueva persona. Una que va a empezar vida diferente. Una vida feliz.

Enciende un cigarro.

Ya en ningún lado se puede fumar. Y yo no he podido dejar este vicio. Es casi lo único que me recuerda quien soy.

¿Quieres uno?

Eulalia rechaza con la mano y una media sonrisa. Hace buches de enjuague.

Cada vez que le doy una chupada, cierro los ojos y me siento muy bien. Como cuando tu mamá te da un caldo de pollo, con sus verduras y su cebolla y chile verde picado. Y me llegan algunas imágenes de mi casa de niña y de muchacha. Porque yo me salí ya hace muchos años. Tantos que ni sé

cuántos. Aquí el tiempo es distinto. Y cuando fumo, regresan a mí trozos de recuerdos.

Eulalia practica diferentes sonrisas en el espejo.

Eso que hace, me recuerda a mí misma. Hubo un tiempo en que practiqué diferentes expresiones frente a un espejo. Eran para ver si engañaba yo a la migra. Y practiqué y practiqué. Y cuando... no sé si contarle...

Eulalia asiente.

Ok. Cuando llegaron las perreras aquella noche. Yo no mostré miedo. Usé una de esas caras, hablé poco, y me ayudaron. Dije que iba huyendo de la violencia, que corría peligro de muerte, y los conmoví. Luego pedí un cigarro. Me lo dieron. Y en cada fumada deseaba que me dieran el sí. Y míreme. Ya tengo aquí... muchos años. Muchos.

Eulalia revisa su maquillaje. Aprueba.

La primera vez que escuché la palabra migrante era yo muy niña. Fue cuando casi todos los hombres del pueblo salieron pa' cá. Y el pueblo se fue quedando con puras mujeres, poco a poco. Y yo sentía en mi corazón unas ganas de aventura, de caminar como quien busca la ciudad prometida, de andar lejos y mientras caminas, de soñar en lo que harás al llegar.

Pinta sus labios de rojo y revisa sus dientes. Los limpia.

En la palabra migrante hay algo de movimiento: gr, gr, gr. Como sus gárgaras.

Ambas ríen.

Le cuento esto, porque sé que usted no es de la policía. Porque sus ojos me dicen que reconoce algo de lo que le digo. Gr, gr, gr como un motor que avanza, como un tigre que corre tras su presa. O un lobo.

Eulalia pinta sus uñas.

Esa presa es una gacela con patas de ilusión. Un animal necio que tira hacia el norte, no al monte como algunas criaturas, sino al norte. Y allá va uno, tras la presa. Que tal vez se llama felicidad.

Eulalia hace un sonido de molestia.

Yo no sé pintarme las uñas. Y mire usted que largas las tiene. Y cuidadas. Y yo, aunque me pongo los guantes, pues no. Los líquidos se meten por los agujeros porque no se crea no nos dan guantes nuevos cada rato.

Ya le digo, era yo una niña y mi madre decidió que debíamos irnos al norte. Salimos del centro, del corazón de la ciudad. Vivíamos en una vecindad que se caía de vieja, con paredes llenas de huecos por los que entrábamos y salíamos. Había frío y hambre.

Eulalia sopla sobre las uñas.

¿Sabe? A este baño casi no viene nadie. Así que lo tenemos para nosotras solas. Ay, alguna vez fui joven como usted. Tuve muchos hermanos y yo era de las primeras. Así que siempre tuve más edad que mis hermanos y hermanas. Ora verá. Éramos unos diez. Cuando me fui sola con mi mamá a Chicago, los demás estaban con parientes, abuelos y tíos.

Se peina frente al espejo. Hace y deshace una larga trenza, para acabar enrollándola sobre su cabeza.

No voy a contar cómo llegamos al norte, pero llegamos. Caminamos mucho, dormimos bajo la luna llena, nos escondimos con el corazón brincando en el pecho. Mi mamá y yo nomás. Mi papá se había ido al norte antes, con mi hermano mayor de unos diez años. Yo tendría unos ocho. De mi papá no supimos durante mucho tiempo. Mi mamá tenía una postal de El Paso: Llegamos. Todo bien. Y luego salimos mi mamá y yo. Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Después de caminar, trotar, correr, gritar, berrear, sollozar, de comer lo menos y de aguantar lo más, después de todo eso, todavía teníamos fuerzas, porque íbamos tras de nuestra presa.

Un camión nos recogió en una carreta. Y llegamos a Chicago. Chicago, sí. Por qué estoy acá, tan al sur, es otra historia. Otra palabra que me causa gracia: Sí cago. Una cosa que a nadie le importa a no ser al doctor. ¿No cree? Recuerdo que me reí mucho cuando en un gran letrero verde leí: Bienvenidos a Chicago.